

## *La guerra de Marruecos en la novelística española*

JESÚS MENÉNDEZ PÉREZ

Catedrático de Historia de I.N.B. Granada

En estos días se ha celebrado con distintos actos el 50 aniversario de la Segunda Guerra Mundial. Este acontecimiento, uno de los de mayor trascendencia histórica del siglo XX, dentro de unos cuantos años habrá quedado relegado, igual que otros como la Primera Gran Guerra o la caída de los fascismos y del comunismo, ante el fenómeno que hoy llamamos descolonización, que posiblemente será el centro de mayor interés de estudio entre los historiadores futuros. Esto puede parecer una exageración, pero si lo analizamos tanto desde el punto de vista social, como cultural o económico, percibiremos la trascendencia de la descolonización. Valga sólo como referencia geográfica este dato: en 1914, diez países europeos, y en especial dos, Francia y el Reino Unido, controlan, dominan u ocupan el 90% de África, el 99% de Oceanía y el 56% de Asia (el caso de América del Sur se sale fuera de nuestros límites).

Al analizar las causas de la expansión colonial, podemos encontrar dos grupos de teorías:

- 1) Los que consideran que los factores económicos son los absolutos.
- 2) Los que disminuyen la importancia de la economía y consideran el factor político como decisivo y determinante.

Hoy en día tienden a considerarse muchos factores. No se puede suponer uno solo, ya que el colonialismo es un fenómeno poliédrico, y la ocupación de cada espacio geográfico ha podido ser debida a distintas causas. Por citar algunas: interés estratégico, prestigio nacional, poderío, propagación de la religión, interés científico y geográfico (las Sociedades Geográficas)...

Refiriéndose a Marruecos, el presidente del Consejo Francés, Joseph Caillaux, no pudo ser más explícito al escribir: «Si Francia no se encargara de este país, la misma fuerza de los acontecimientos llevaría a otra nación —¿Alemania? ¿Inglaterra?— a establecerse allí». Caillaux escribe en plural «fuerza de los acontecimientos»; no se limita a un solo factor, aunque sí indique uno: ocupar antes de que lo haga otro.

El mismo Caillaux habla del acceso de Marruecos a la civilización y a la idea del líder socialista Jean Jaurés de que este acceso fuera obra del «joven pueblo marroquí», responde describiendo aquel país en estos términos: «Un feudalismo anárquico y un revoltillo de tribus semibárbaras, en constante lucha unas contra otras».

Y es que acabó siendo común el considerar a los pueblos colonizados como inferiores o, como en el caso de los negros africanos, ajenos a todo vestigio de cultura y, por tanto, es necesario llevarles nuestra civilización, entendiendo por ésta un conjunto de conocimientos técnicos. Sin olvidar que la cultura, es decir, los principios normativos, valores, ideales, en una palabra: espíritu, también los impregna. La imagen del europeo llevando las luces a los retrasados pueblos asiáticos y africanos va a aparecer en escritores como Tennyson, W. E. Forster y Kipling, quien llegó a escribir acerca de «la pesada carga del hombre blanco». Se olvidaba o ignoraba el lugar que han ocupado en la historia culturas como la hindú o la islámica.

La distinción que he utilizado, siguiendo a Max Weber, entre civilización y cultura, supuso una magnífica coartada, al limitar el debate a la necesidad de esos pueblos de alcanzar las técnicas modernas en las que Europa era pionera en esos momentos.

Frente a esta expansión de las naciones europeas, la opinión pública que se opuso fue escasa: el anticolonialismo antes de 1914 no estaba tan extendido y organizado como algunos han pretendido afirmar posteriormente. Con frecuencia eran problemas internos, reveses militares, por ejemplo, los que movían a la opinión pública en contra de aventuras coloniales. La idea del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» era extraña, y más aún referida a las naciones colonizadas.

En cambio, la idea de la comunicación entre «civilizados» y «bárbaros» había calado profundamente en Europa, y no fue puesta en discusión. Fácilmente se puede pasar del concepto de «bárbaro» al de ser inferior y teorizar sobre razas inferiores y superiores (Gobineau, H. S. Chamberlain...) hasta llegar a Rosenberg y los nazis, pero en este caso ya sí encontramos voces en contra.

La Segunda Internacional, pese a que la igualdad de razas es uno de sus principios básicos, manifestó cierta reticencia a aplicarlo a la cuestión colo-

nial: se pensaba que una revisión de los métodos aplicados en las colonias podía ser positiva y que aceleraría el progreso de los pueblos colonizados. Fue en el Congreso de Stuttgart en 1907, donde, tras arduas discusiones, se aprobó por un estrecho margen (128 a favor, 108 en contra) la propuesta de Kautsky, en la que se indicaba el deber de los partidos socialistas de combatir cualquier forma de colonialismo. La escasa diferencia de votos da una clara idea de la confusión reinante entre los socialistas de entonces acerca de la cuestión colonial.

Si tuviéramos que dar una fecha a partir de la cual encontramos ya una postura clara y mayoritaria en contra del colonialismo, elegiríamos la de 1920 en el Congreso de los Pueblos de Oriente de Bakú. De todas formas, las únicas voces que se alzaron en los parlamentos en contra de la política colonial fueron las de los diputados socialistas, como la de Jaurés, que se opuso a la penetración de Francia en el «avispero marroquí».

Antes de pasar revista a la actitud de los socialistas españoles ante la aventura marroquí, recordemos los hechos que llevaron a España a intervenir en Marruecos: Ya en la segunda mitad del siglo XIX, el general O'Donnell distrajo al ejército, y de camino a los españoles, con una campaña en África que serviría para popularizar la figura del general Prim en la batalla de Castillejos, y que tendría su cronista en el granadino Pedro Antonio de Alarcón, en su *Diario de un testigo de la Guerra de África*.

Años después, en 1884, la Conferencia de Berlín dio el pistoletazo de salida para la ocupación de África. Francia ya mantenía, tras la ocupación de Argelia, una amplia frontera con Marruecos, y desde 1881 el protectorado de Túnez, lo que hacía factible la posibilidad de un largo pasadizo de dominio francés entre el Atlántico y el Índico. Para Inglaterra no era lo más deseable tener como vecino al otro lado de Gibraltar a Francia, y menos a Alemania. Alemania había ido aumentando cada vez más su comercio con Marruecos, hasta el punto de hacer descender los beneficios comerciales de Inglaterra y Francia en la zona. Los alemanes habían llegado tarde al reparto africano, y su necesidad de colonias no les predisponía a que Marruecos quedara fuera de su área comercial.

Tampoco Francia tenía ningún interés en que alemanes o ingleses ocuparan la región. De manera que franceses e ingleses, de acuerdo en no crear un nuevo Fashoda, convinieron en un reparto de Marruecos que daba a España el norte y parte del sur, mientras Francia se quedaba con el resto.

Sintiéndose burlado, el Káiser ordenó un desembarco en Tánger, donde pronunció un discurso apoyando al Sultán y ofreciéndole ayuda financiera para sostener la soberanía marroquí. La intromisión alemana fuerza a las potencias a acudir a la Conferencia de Algeciras, cuyo resultado es un

mayor acercamiento franco-inglés y el debilitamiento alemán. Alemania volvería a intentar recuperar su influencia en la zona mandando la cañonera Panther a Agadir para defender sus intereses comerciales. Después de la Primera Guerra Mundial los alemanes perdieron todo su comercio con Marruecos.

Mientras las potencias europeas se disputaban el territorio marroquí, las autoridades de este país asistían al espectáculo impotentes e impasibles. La figura del Sultán Abd-el-Aziz jugando en sus palacios no era la más apropiada para imponer respeto. Los ulemas y notables eligieron como sucesor a su hermano Mulay Hafiz, con la condición de mantener al país libre de extranjeros. Pero privado de la ayuda británica y fuertemente endeudado, Hafiz se vio obligado a firmar el Tratado de Fez con los franceses y a abdicar en favor de su hermano Muley Yusuf, quien sería conocido como el «sultán de los franceses»; se dice que en 1925 recibió al general Petáin, que acudía a combatir a Abd-el-Krim, al que pidió, no sin razón, le librara de ese «rebelde». Por lo menos Francia y España le sometieron el Blad-es-Siba, parte de Marruecos que hasta entonces había estado fuera de los dominios del sultán.

En noviembre de 1912, tras agrias discusiones, se firmó en Madrid una *entente* entre Francia y España, por el que esta última perdía, citando a Azpeitia, «el rico bocado de Taza, los fértiles campos de Werga, y las llanuras con tantas otras riquezas escondidas del Garb, todo se iba perdiendo en sucesivos tratados, y España se quedó con el hueso de Yebala y la espina del Rif». La tesis francesa es que ellos eran los que habían perdido territorios en otros lugares para hacer frente a las presiones alemana e italiana. Es conveniente señalar que España firmaba con Francia, no con Marruecos, pero que, a los ojos de Europa, la ocupación española estaba legitimada.

En cuanto a los socialistas españoles y su actitud frente a la aventura marroquí, hay que volver al Congreso de Stuttgart, en el que a los partidos socialistas francés y español se les encarga la elaboración de un documento común, además de acciones coordinadas para oponerse a la guerra de África. El manifiesto se expresa así:

«Compañeros: La sangre de los proletarios corre y podrá correr más en Marruecos. Una vez más la codicia de los capitalistas en busca de salida para sus productos, y de los financieros a la caza de especulaciones, se traduce en barbaridades, en matanzas de poblaciones indígenas, en el sacrificio de los hijos del pueblo, ofrecidos en holocausto a los apetitos del dios Capital. Nueva prueba es esto de que la pretendida misión civilizadora que los estados capitalistas se atribuyen a sí mismos, de que la llamada “penetración pacífica”..., no son sino pretextos para ocultar el deseo de conquistas

y la sed de ganancias. Ahora son los gobiernos de España y de Francia los encargados de esa civilización a cañonazos... Son nuestros hijos, nuestros hermanos, a quienes se convierte allí en asesinos, cuando no en cadáveres... Los trabajadores de todas partes saben que la expedición marroquí no tendrá para ella otro resultado que nuevas cargas militares y probabilidades de conflictos internacionales».

En este texto, si bien se habla de civilización a cañonazos y se menciona el bandidaje que supone la política colonial, no se deja entrever la cuestión de la independencia o autonomía de un pueblo avasallado; más que un texto anticolonialista, tal y como lo entenderíamos hoy, es más bien un texto antibélico.

Tampoco se plantea la alienación que puede producir en el colonizado, no el mestizaje de culturas, sino la imposición pura y simple de la europea, alienación que en el caso de Marruecos podía ser menor, por ser este país heredero de una cultura que ha dado grandes avances al conocimiento humano y que pertenece, al igual que la europea, a un mismo tronco común bíblico.

Desde la sensibilidad actual es fácil querer ver en los socialistas europeos de la época actitudes anticolonialistas, asumidas mayoritariamente hoy día pero que entonces no se dieron. Fanon escribió en 1957: «En un país colonial, se decía que había entre el pueblo colonizado y la clase obrera del país colonizador una comunidad de intereses. La historia de las guerras de liberación conducidas por los pueblos colonizados es la historia de la no verificación de esta tesis». Aunque Fanon escribe ya desde una perspectiva histórica posterior que le permite analizar el fenómeno colonial en su fase terminal.

En 1909, a dos años escasos del Congreso de Stuttgart, tuvo lugar un incidente fronterizo con los «rebeldes» rifeños: la emboscada del Barranco del Lobo, en la que murieron más de un millar de soldados españoles, y noventa oficiales, incluidos un general y dos coroneles. Anterior a la emboscada se había llamado a filas a nuevos reclutas, lo que fue caldeando un ambiente antibelicista, promovido por socialistas y anarquistas, con huelgas y manifestaciones, que acabó en la Semana Trágica de Barcelona, que coincide con el desastre del Barranco del Lobo.

En el Congreso de la Internacional Socialista de 1910, Pablo Iglesias, fundador del PSOE, denunció el envío de nuevas tropas a Marruecos. En 1911 Besteiro publicó una serie de artículos contra la guerra de Marruecos (en uno de ellos escribió que la contienda que los cristianos hispánicos habían mantenido durante ocho siglos contra árabes y bereberes quitaba moral para llevar el protectorado de Marruecos). Un año después,

Besteiro ingresó en el partido socialista para convertirse en su portavoz contra la política colonial. En el IX Congreso del partido se aprobó «exigir la renuncia de España a toda empresa militar en África y la orientación exclusiva de la política española en Marruecos en el sentido de la libre acción comercial, industrial y cultural de todos los pueblos, con el respeto debido a los habitantes de las zonas ocupadas por los ejércitos de naciones extrañas».

Podemos apreciar hoy día la ambigüedad de la política colonial de los socialistas españoles hace 75 años. En el Congreso del PSOE de 1932 se pedía «que nuestro protectorado se ejerza en un sentido cultural y civil que tienda a una rápida emancipación de nuestros hermanos marroquíes». La rapidez duró 24 años.

Tras la firma del acuerdo con Francia en 1912, España inició la ocupación de la zona que le había sido asignada. Dos personajes marcarían la resistencia antiespañola: en el Oeste, Raysuli, que posteriormente cambió su nombre por el de Raisuni, tan pronto aliado con los españoles como en contra de ellos. Este personaje novelesco fue llevado a la pantalla, interpretado por Sean Connery.

En el Este el personaje fue Abd-el-Krim, quien comandaba a las fuerzas de rifeños que en julio de 1921 barrieron al ejército español mandado por el general Silvestre, que acudió en ayuda del comandante Benítez, sitiado en Igueriben. Los rifeños en su avance se quedaron a las puertas de Melilla.

El desastre de Annual se ha descrito como el 98 de la generación de los años veinte. Las Cortes españolas admitieron más de 13.000 muertes, aunque algunas cifras suben hasta los 19.000. Como declaró Berenguer a la prensa: «Se ha perdido todo, hasta el honor».

Siempre me ha extrañado que un ejército moderno, con superioridad en armamento y número de soldados (20.600 españoles y 5.100 regulares rifeños), fuera derrotado por tres o cuatro mil rifeños. El interesado puede encontrar una explicación a este hecho en el libro de Geoffrey Regan *Historia de la incompetencia militar*, que en la versión original inglesa lleva el aclaratorio subtítulo *Alguien cometió una estupidez*. Es un alivio comprobar que ésta no es privativa de los militares españoles.

Aparte de la incompetencia del general Silvestre, que comandaba las tropas, y de algunos de sus oficiales, estaba el hecho de que alrededor del ejército español en África se habían creado redes que sustraían bienes destinados a éste y luego los revendían. En estas redes, que resultaron fatales durante la batalla de Annual, estaban involucrados oficiales, políticos, profesiones liberales y hasta la Iglesia.

La guerra de África afectó a la vida de generaciones enteras de españoles: movilizó a filas a gran parte de sus jóvenes y, tras el desastre de Annual, incluso a los soldados de cuota. La guerra de África también fue una posibilidad de ascenso social y de graduación para militares y civiles, que abandonaban una España en la que no dejaban de ser gente modesta para vivir en ciudades como Tetuán, que para los españoles de la década de los veinte se reducía a la calle Luneta y la plaza de España, pero, eso sí, con su Casino y su Hípica, en que la imaginación volaba a las carreras de Longchamps y los partidos de tenis de Madrid. Era una sociedad de «recién ascendidos», que se envanecía como un pavo real ante unos colonizados a los que mantenía lejos, más como vasallos que como súbditos.

La guerra de África se reflejó también en la literatura española, donde encontramos obras «patrioterías» que realzan los hechos épicos. Más interesantes resultan los escritores Díaz Fernández, Arturo Barea y Ramón J. Sender. La elección de estos tres nombres es debida a su actitud crítica respecto al hecho bélico que les impidió caer en el fácil patriotismo de la «marcha de Cádiz» y a que, habiendo sido testigos presenciales de los hechos, no creyeron en la propaganda eurocentrista acerca del destino y el deber de los europeos de llevar la civilización a pueblos más atrasados.

Siguiendo un orden cronológico, la primera novela que hemos de tratar es la de Díaz Fernández, *El Blocao*, publicada en 1928. El 21 de noviembre de 1927, un Real Decreto había creado la Medalla de la Paz de Marruecos, «para conmemorar debidamente las campañas que a ella condujeron» y en la que se indicaba que «España, siempre dispuesta a toda empresa de civilización universal, contribuyó a la de Marruecos con la sangre preciada de sus hijos y con el oro de sus arcas; el triunfo de sus armas y la cultura de sus métodos son los cimientos de esta gran obra de humanidad». Frente a tan hermosas palabras que celebran el indudable parabién de la paz, Díaz Fernández contesta con su obra, que señala el precio que se ha pagado para llegar a tan fausto acontecimiento.

*El Blocao* es un conjunto de siete relatos o cuentos cortos. El propio autor responde a la naturaleza de su obra en el prólogo a la segunda edición; si para algunos críticos se trata de novelas cortas, para otros cuentos y para un tercer grupo, narraciones o relatos, todos están desorientados, pues quiso «hacer una novela sin otra unidad que la atmósfera que sostiene a los episodios». (Por tanto, emplearé el término “capítulo” para cada uno de los siete que componen la novela.)

«Marruecos es un largo y doloroso problema español» —escribe Díaz Fernández—. El autor se congratula en ese prólogo de que el libro resultara antibélico y civil, ya que él era pacifista, aunque matiza que no se había

propuesto ningún fin proselitista, y que sólo había querido «convertir en materia de arte (sus) recuerdos de la campaña marroquí».

El protagonista es el soldado español, y la intención del autor es meter al lector en un «mundo opaco y trágico, sin héroes, sin grandes individualidades, tal como yo sentí —escribe— el Marruecos de entonces». Díaz Fernández consigue en su novela trasladar al lector las impresiones y sensaciones del soldado español encerrado en un blocao, viendo transcurrir lentamente el tiempo en ese microcosmos en el que se encuentra aprisionado, mal alimentado, con poca higiene y en el que la supervivencia pierde todo sentido humano y se convierte en algo animal y donde el ataque del enemigo es deseado como algo que romperá la monotonía y el transcurrir de la existencia absurda, y que, paradójicamente, supondrá la vuelta a la vida.

Para el que quiera acercarse a la guerra de Marruecos, la lectura de *El Blocao* no le dará grandes conocimientos de las tácticas, batallas, estado y profesionalidad del ejército, pero sí sentirá lo mismo que el soldado que sobreviviendo recuerda la estancia en la milicia en la que ve pasar el tiempo aburrido y ocioso, sin grandes acciones militares, sin heroísmo, todo lo más una muerte absurda producida en descuido por un «paco» (francotirador). Esta sensación no la sentirá con un libro de historia; aunque en estos tiempos está de moda la llamada historia de la vida cotidiana, textos como el de Díaz Fernández pueden tener mucha vigencia.

Las tesis de Díaz Fernández son abiertamente anticolonialistas, tanto en la línea del pensamiento leninista («Lenin está en contra del imperialismo burgués, escribe en el prólogo, al lado de los pueblos que defienden su independencia, al lado de Abdelkrim») como en la más actual de Franz Fanon en el sentido del extrañamiento del soldado con respecto al mundo colonizado. El colonizador es totalmente extraño a la tierra que le rodea: no debería estar ahí. Para este soldado el entorno le es ajeno, todo lo más que puede conseguir es comprar los servicios de «mujeres del zoco que ejercían su oficio como las europeas». Por otro lado, está en el último puesto de una sociedad en la que no tiene otro asidero que la amistad o solidaridad de sus compañeros, todo lo demás le es ajeno, cuando no hostil. Son reclutas provenientes en su mayoría de remotos pueblos que se ven encerrados durante meses en un espacio reducido donde sólo han de repeler un hipotético ataque haciendo las vigilancias reglamentarias o descansando de la tensión nerviosa de las mismas.

Los narradores de casi todas las historias son los sargentos de complemento. Estos narradores, con un nivel cultural más alto, se aproximan más a la propia formación personal de Díaz Fernández y pueden dar una visión

más lúcida de la situación que están viviendo que la que podría tener un pobre soldado casi analfabeto, uno de esos soldados anónimos, con papel de colonizador y posible héroe, aunque su más seguro destino sea la artola. Esas artolas renegridas por la sangre seca de los heridos que alimentaban a Tetuán, «la ciudad antropófaga», Tetuán, descrita como un vivero de vicio, de negocio y de aventura. Definición que recuerda a aquella que Barea años más tarde dará desde el exilio, al decir que «Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos».

Desde la guerra de Troya es raro el hecho bélico de cierta importancia que, con mayor o menor fortuna, no haya sido relatado literariamente. Puestos a elegir un ejemplo, yo me quedaría con *Adiós a las armas*, de Hemingway. Sin embargo, nos costaría trabajo clasificarla si tenemos en cuenta la apasionada historia de amor que tiene lugar en ella: ¿novela bélica?, ¿novela de amor? Es la continua relación entre Eros y Tánatos, amor y muerte, como parte de la esencia humana.

En *El Blocao*, amor y muerte están presentes y son ejes de la acción en cinco de los siete capítulos. La mujer objeto del deseo provocará la muerte a su alrededor.

En los capítulos de *El blocao*, *África a sus pies*, *Magdalena Roja* y *Convoy de amor*, ocupa la mujer el papel de luchadora. La mujer aparece también como liberadora del miedo de los hombres a la muerte, actuando como nexos atenuadores. En *El blocao*, Aixa, adolescente de apenas quince años, aprovecha el deseo sexual que provoca entre los soldados para que sus compatriotas puedan tomar el blocao. Fracasa y cae prisionera, pero conserva su frialdad. Ha causado la muerte a cuatro hombres y ha ayudado a los suyos; el jefe del destacamento admira su heroísmo y la libera.

En *África a sus pies*, el joven militar profesional Riaño tiene como amante a una mora auténtica, lo cual era un lujo que normalmente no podían ni permitirse, a pesar de su conocimiento del idioma, los jefes de Regulares. Dicha amante ha adoptado el nombre de África; frente a la admiración y entusiasmo que despierta en sus compañeros, Riaño dice estar cansado de ella porque es más «aburrida que un fiambre». El día que Riaño tiene que salir para reforzar a los que operan en el Zoco de Beni Hassan, aparece con el corazón atravesado por una goma con empuñadura de plata, mientras que África ha huido sin dejar rastro.

En *Magdalena Roja* la protagonista es Angustias, una mujer española militante en la lucha obrera, que es consciente de que las fuerzas de izquierdas tienen que unirse a los colonizados para luchar por su libertad. No hay ninguna ambigüedad en su actitud: obreros y pueblos oprimidos tienen

que luchar juntos contra el capitalismo. Pero Angustias se queda sola en su lucha. Su antiguo compañero en el Sindicato, un sargento cuyas lecturas le han convertido en un intelectual de izquierdas, no está dispuesto ayudarla: tras convivir meses con sus hombres no quiere que alguno de ellos pueda morir por su culpa; para él, «más que una idea vale un hombre». Angustias le acusa de no atreverse a dar el paso decisivo, traicionar a sus hombres, le acusa de «atavismo»; el pasado puede más que la nueva ideología.

*Convoy de amor* es el capítulo que cierra el libro, y se trata de una historia un tanto surrealista: la mujer de un teniente coquetea frívolamente con la escolta que la lleva al campamento, donde espera dar una sorpresa a su marido. Frente a la galería de mujeres marroquíes y españolas, responsables y valientes en la lucha por la independencia, aquélla representa la señorita burguesa, jugadora de tenis, cuyo único encanto es una belleza que utiliza para dominar a los hombres, pero hasta un límite que provoca su propia muerte. La muerte no ha venido del enemigo, sino que en este caso el enemigo son ellos mismos.

El capítulo que para mí define mejor el colonialismo es *Cita en la huerta*. El protagonista está dispuesto a entrar en la historia, aunque su inclinación por el heroísmo no es por sentimiento patriótico, sino por un arrebatado de juventud, de altivez e indiferencia ante las cosas peligrosas de la vida, en busca de inútiles gallardías. Sin embargo, los hados no le dejan cumplir su heroico destino: su conocimiento del francés lo destina a la Alta Comisaría, donde, para mayor ironía, jamás necesitarán su conocimiento del idioma. «Allí se frustró mi vocación heroica», dice. A partir de ese instante, todo su entorno carece para él de interés, todo le tiene sin cuidado, todo le aburre; lo único que le interesa son las mujeres musulmanas, cuyo obstinado misterio no deja de obsesionarle; su ansia es desgarrar el secreto de una mujer mora, abrir un hueco en las paredes de su alma e instalar en ella su amor civilizado y egoísta. Naturalmente, él no quiere casarse, lo que quiere es violar: siente que la mujer es depositaria y transmisora de la cultura, y que fecundando en ella derrota al enemigo, porque sería plantar su semilla en la cultura extranjera. El protagonista parte de la idea de que su cultura es superior a la del colonizado, y por ello lo vence y lo domina, y se acaba viendo a sí mismo como el depositario de la civilización que ayudará al pueblo primitivo. (La idea de la mujer como depositaria de la cultura y símbolo de su pueblo aparece en múltiples obras. Sirva como ejemplo la película *Centauros del desierto*, donde una mujer blanca que es violada por un piel roja, es dejada de lado por su propia gente, al considerar que esa mujer mancillada ya no pertenece a su cultura, o la película nazi *El juicio Süß*, donde una joven alemana y aria pura, tras ser violada por

un judío, no encuentra otra solución para remediar el atentado contra la «lebensraum» que suicidarse.)

Pero la ironía de Díaz Fernández es que el joven protagonista, tras fracasar como posible violador, acaba enamorándose de la joven Aixa, hija de un moro amigo y, cazador cazado, acaba asistiendo a la boda de Aixa y escoltando a los novios.

La siguiente novela en orden cronológico es *Imán*, que se publica en 1930 y es la primera novela de Ramón J. Sender. Esta novela tuvo un gran impacto en la opinión pública, al mostrar el dolor y la tremenda sangría que había soportado la juventud española en la guerra de Marruecos. Si en la novela de Díaz Fernández hemos notado un pensamiento anticolonialista, en Sender éste queda en segundo plano y lo que más importa es el alegato antibélico y antimilitarista. *Imán* se suma a la serie de novelas antibélicas que suscitó la Primera Guerra Mundial, como la ya citada de Hemingway, *El fuego de Barbusse*, *Sin novedad en el frente* de Remarque o *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* de Blasco Ibáñez. Escrita a mitad de camino entre el reportaje periodístico y la ficción, realismo y fantasía, la novela nos recuerda los aguafuertes de su paisano Goya y mantiene hoy día el mismo interés para los lectores.

Sender hace desfilar ante nuestros ojos todas las incongruencias y miserias de la guerra: el centinela que después de matar a un moro que se acercaba con un alfanje entre los dientes, ata el cadáver con su cinturón a la alambrada como reclamo para que sus compañeros vayan a rescatarlo; pero luego recapacita y piensa que va a perder el cinturón y lo va a tener que pagar, por lo que sale a recogerlo. Cuando el cabo le dice admirativamente que es un valiente, el centinela responde: «Puesto aquí, eso lo hace cualquiera», añadiendo: «Aquí no hay valientes». Y, paradójicamente, la verdadera valentía consistiría en no haber ido. El heroísmo no está en el puesto de centinela; una vez allí, todos procuran que no les maten aunque para ello tengan que matar. Están en la guerra por cobardía, no por heroísmo.

Hay un cura que acaba de dar la unción a los moribundos y vuelve contento de haber salvado almas. Cuando el auxiliar le sugiere que muchos de esos moribundos habrán matado enemigos contraviniendo el quinto mandamiento, el capellán no duda: «No importa; ha sido en defensa de la Patria». Pero el soldado vuelve a insistir: «Esta tierra, ¿es la patria nuestra o la de ellos?».

«Efectivamente, la de ellos; pero en todo lugar donde alienta un corazón cristiano es la patria de Dios y debemos defenderla contra los infieles», responde el cura.

Mas el soldado insiste:

«— ¡Ah! ¿Entonces esta guerra la ha mandado el Papa?

— No, el rey.

— Y el que obedece al rey, ¿va al Cielo?

— Sí, porque el rey tiene investidura divina.»

Ironía que repite, páginas más adelante, cuando un soldado al tender la manta en el suelo para dormir exclama:

«— ¿Que qué hacemos? ¡Defender a España!»

Humor socarrón que nos recuerda al de otro aragonés, paisano suyo, Luis Buñuel, que retrata una sociedad donde el poder civil sigue siendo de origen divino. Esta ironía, en ocasiones sarcástica, está presente a lo largo del libro. Así, cuando describe el pequeño zoco que ha formado junto a la alambrada del campamento, donde llegan los rifeños con mercancías miserables, los vendedores son todos viejos, porque los jóvenes o están en la guerra con los españoles —regulares, mejalá— o con los rebeldes. Es la paradoja genial: el que defiende la tierra es el rebelde.

Pero la descripción continúa y dos ascaris (soldados nativos) al servicio de España han salido al zoco y discuten en chelja con un viejo sobre el valor de un paquete de té. El mercader mantiene el precio y los ascaris regatean. Poco a poco sus voces se alzan sobre el murmullo del zoco. Una vez más se aprecia la diferencia entre el moro insumiso y rebelde y el «civilizado». Éste se ha contagiado de la seguridad en sí mismo y del desenfado del soldado español —¡coño!, ¡puñeta!, ¡hijo de puta!— y siguen en su misterioso idioma. Ésa es una manera fácil y segura de identificarles a primera vista.

Pero tras esta nota de humor, viene la tragedia: por el lado de la alambrada llega una niña de unos once o doce años, «grandes ojos infantiles en un rostro sereno y dulce. Al ver que la miramos, recoge del hombro un trapo y se oculta media cara, sujetándolo con los dientes... Va descalza y ha pisado un casco de botella. La herida le cruza la planta del pie. El centinela... le presta un paquete individual de curación y la cura lo mejor posible, sin decir(le) una palabra, con el pie envuelto en gasa, se va, cojeando. Al volver al zoco otro sargento, guiñándome un ojo, me avisa:

— Ten “cuidao”, porque esta chica tiene chancros sifilíticos, purgaciones, “to” el repertorio.

Pasada la primera sorpresa me extraño yo mismo de haberme sorprendido. Es natural. Sus padres, sus hermanos, han huido a la guerra. El hambre ronda por los aduares y atenaza a los niños, a los viejos. Y la misma inocencia, si la hay, es un peligro más. La soldadesca lo aprovecha todo. Puede que un día se haga la paz y que el padre, los hermanos, vuelvan a su

aduar a labrar las tierras. Pero el odio seguirá en los corazones y se transmitirá de padres a hijos.»

(Espero que esta última frase de Sender haya perdido vigencia y que ese odio haya quedado extinguido). No se puede avanzar ni hacer historia mirando al pasado sin haber salido de él, ni insistir en hechos pretéritos para encontrar en ellos la razón de vivir a través del odio. Hay que conocer el pasado para asumirlo, no para intentar su repetición ni sus errores.

Viance, el soldado conductor de la historia a quien apodaban Imán, porque atraía las desgracias como el imán al hierro, va desgranando sus recuerdos al narrador, alter-ego de Sender. En su huida hacia Melilla pasa por San Juan de las Minas y contempla con cierta satisfacción maligna y vengativa el destrozo que los rebeldes han hecho en el material industrial. «Ahí está el anacoreta de los millones, el místico de la industria pregonando la virtud, la abstinencia, el ayuno y bautizando al indígena con el polvo rojizo del mineral. Bautismo de esclavitud, de vasallaje. Nada de jornadas establecidas ni jornales mínimos. La procesión de encapuchados, cubiertos de polvo rojizo y de piedra manchada por la entraña sangrante de la montaña, hormigueaba de la mina al tren, del tren a la mina, silenciosa, aguardando la caída del sol y los seis reales». La descripción poética no puede hacer olvidar el hecho que puede resumirse en pocas palabras: trabajo de esclavitud y mal pagado, y añade a continuación: «Civilización de Occidente, trenes mineros, sociología de piedad cristiana, detrás, el ejército, la vida joven y poderosa con tres palabras vacilantes en los labios: patria, heroísmo y sacrificio». Sender retrata de esta forma la misión civilizadora de España en el Norte de África: explotar las riquezas férreas y abonar los dividendos a unos cuantos señores en Madrid. Y para conseguir tan nobles objetivos, se saca a los soldados de sus hogares tan necesitados de «civilización» como el mismo Viance, joven campesino analfabeto y huérfano. Frente a los escritores partidarios de la colonización, Sender se complace en presentarnos únicamente su cara más sombría.

En un momento de su novela, Sender nos narra los soliloquios de un loco, y cuenta, como luego lo hará Barea, la manera en la que se repartieron muchas condecoraciones y menciones durante la guerra. Citando textualmente de Imán: «El orate chilla: “Nosotros partiendo el caqui a rastras por esos montes y vosotros bebiendo buena cerveza helada y jugando al mus y escribiendo: ¡Cuarta del primero! Comunico a usía que el capitán de la expresada merece dos pensionadas (se refiere a condecoraciones que llevan consigo una mejora salarial), porque le han matado cincuenta hombres”», y sigue una justiciera perorata que arranca las iras de un oficial que pro-

mete que si no lo callan se liará a estacazos con él. Pero el soldado, loco y justiciero no se arredra y le grita:

«— Eres 'Camioneta', ¿verdad? Mucho presumir, y el mote te viene del desastre de Annual, porque llegaste a la plaza antes que los primeros camiones, sin que se supiera cómo. Estar, estabas en primera línea, no lo niegues.»

Ante la indignación del heroico 'Camioneta' interviene un oficial médico que le asegura que el loco se dormirá pronto y añade:

«Es un desgraciado. Además de la locura tiene llagas de hiperita. El viento llevó gases del 5 de julio en Tizzi Aza y resultaron con llagas casi todos los soldados de la línea de blocaos... Alguien objeta: ¡Qué torpeza, tirar gases con viento contrario!»

Así, al mismo tiempo se nos comunica el empleo de gases y la única objeción que se hace es que se realizara técnicamente mal, de manera que resulten afectados los propios españoles, alcanzados por su propia aviación.

En el campamento, Viance, viendo la tragedia, se interroga:

«— ¡Dios, Dios! ¿Qué habremos hecho 'pa' que nos metan en este tiberio? En España nadie sabe lo que aquí pasa. De vez en cuando dicen los periódicos: Nuestros soldados mueren en África, 'pa' molestar al gobierno; pero el pueblo y los ministros ya se han 'acostumbrado'. ¿Bueno y qué? Aquello está lejos, y en todo caso es la defensa de la Patria. Oye, tú, muchacho: ¿Sabes que es la Patria?»

Insiste Viance obsesionado. El otro habla, por fin:

— El sargento nos lo dijo de quintos; pero no me acuerdo.

Ah, rediós, la Patria no es más que las acciones del accionista.»

El interlocutor de Viance está herido. Un rebote le ha levantado una loncha de carne en el pulpejo de la mano derecha. La ha vuelto a su posición y ha pegado encima un papel de fumar. «Un tiro de muerte. Si se lo dan a un coronel lo ascienden a general y le conceden una pensionada. Parece mentira que lleven tanta cuenta de las gotas de sangre por ahí arriba y que aquí...» Y prosigue Sender con su descripción del reparto de medallas y pensionadas, siempre para los oficiales.

Si en las guerras son necesarios burdeles y tabernas, tampoco faltan las madres corajes, o sus sustitutos en forma de comerciantes-aves de rapiña. Viance, en su retirada, se encuentra con un Guardia Civil, quien le hace la confidencia de que la sangrienta retirada de Annual ha salvado a muchos intendentes de provisiones militares, pues se va a hacer borrón y cuenta nueva.

Pero no sólo los intendentes, también los civiles pueden enriquecerse y sacar su ganancia de esta acción civilizadora; Sender nos presenta al personaje de Currito, que tiene la cantina en el campamento y que es sucursal de los grandes almacenes que tiene en Melilla. Aún no hacía cuatro años que Currito iba con un borriquillo y dos garrafas de agua detrás de las columnas. El desastre de Annual lo habrá sido para otros, pero no para Currito, que hoy tiene diez camiones propios y abastece de víveres a varios regimientos y ha instalado en cada campamento una barraca donde hay todo lo que los señores jefes y oficiales pueden apetecer. El representante de Currito es un sobrino suyo, que aun siendo soldado ni vestía uniforme ni prestaba servicio. Viance, entre su trabajo, tiene que descargar los camiones de Currito y explica el secreto de tan extraño servicio al alter-ego de Sender: «'Tos' los jefes hacen la compra en casa de Currito, y a cobrar pa la siega. Tanta cuenta le trae este fiao que no lo reclama nunca. Luego nos meten a los soldados los garbanzos llenos de gusanos, el arroz hecho una pasta, que no hay quién lo trague: Pero no es sólo eso. En sus almacenes tiene Currito más de 15 dependientes y criaos sacaos del regimiento que trabajan como negros por la comida... y ¡qué comida! Mi paisano siente cariños del rancho del cuartel. Un día que se había descargao tres camiones él solo tuvo unas palabras con la mujer de Currito. Le amenazó con enviarlo a la compañía, ni más ni menos que si fuera el coronel, y como era de la tercera y estaba destacado por ahí arriba, se calló. Cuando la compañía está en la plaza y los echa de su casa por alguna falta, van al calabozo. Si están en el campo, ¡hale, a aguantar 'pacos' y a pelar parapetos! Eso es lo que pasa con Currito, y más que me callo, porque la mili es la mili.»

La retirada de Annual es el descenso a los infiernos, todas las grandezas y miserias del hombre desfilan ante nosotros. El soldado que pide a su compañero le pegue un tiro, antes que caer prisionero. Y Viance, el imán que atrae las desgracias, habla sin dirigirse a nadie accionando como un borracho: «Todos piden lo mismo. ¡Un tiro en la cabeza! Eso no es pa pedirlo a un hombre.»

En ese descenso ha visto el cadáver de un aviador despedezado, a los muertos del barranco y «dos cuerpos desnudos, clavados con un mismo piquete de alambrada que les atraviesa por el vientre... Cuerpos desnudos, mutilados, uno con las piernas cortadas sobre la rodilla y las insignias de oficial en la boca abierta...» Cuando llegue a Melilla su última desgracia le hará reír con risa inexpresiva que aturdirá a los que le rodean.

Todos los personajes que pululan en las guerras desfilan por la novela de Sender en un macabro espectáculo que nos recuerda la miseria humana y la idea de que el hombre es un lobo para el hombre. Con razón escribía

Marra-López en su *Narrativa Española fuera de España*: «*Imán* fue una importante novela que incluso hoy se lee con verdadero interés. Por su mezcla de realismo y fantasía, la fuerza descarnada de los hechos presentados y el ansia obsesionante de mostrar el sufrimiento humano, a la vez que por su agresiva postura, que rompe con lo establecido.»

Arturo Barea, desde su exilio londinense, consigue un gran éxito con la publicación de una autobiografía-noveleda o novela-autobiográfica: *La forja de un rebelde*. El primer tomo, *La Forja*, es la narración de su infancia y adolescencia, coincidiendo con la España que se extiende desde el desastre del 98 hasta aquella que se enfrenta con la guerra de Marruecos, que es el tema del segundo volumen: *La Ruta*. El tercero lo ocupará la Guerra Civil, *La Llama*: un fresco inmejorable para conocer la vida cotidiana de la España de este siglo hasta 1939.

Como en casi toda autobiografía, el personaje central, el ego, procura excusar errores y quedar bien ante la posteridad, incluso mejorando o exagerando su rol.

Interesa señalar un rasgo de la vida de Arturo Barea: huérfano desde niño, su madre era lavandera y la muerte de un tío suyo que lo apadrinaba le impidió seguir estudiando. Su inteligencia le ayuda a abrirse paso, pero siempre en puestos subalternos: no llega a la cúspide, pero tampoco está en la base; es el capataz, el encargado, el jefe de sección que tiene que enfrentarse con subalternos, siéndolo él a su vez de los que están en lo alto de la pirámide social. Ya desde el colegio empezó su desclasamiento: era becario, lo que suponía no tener sitio ni entre los ricos ni entre los pobres.

El tomo de su obra que aquí nos interesa es *La Ruta*, en el que narra su experiencia militar en Marruecos durante la guerra. También allí se encontró en medio, de sargento, recibiendo órdenes de jefes y oficiales sin ser uno de ellos, y dando órdenes a los soldados que lo ven con hostilidad: «En el ejército español se mira con malos ojos la intimidad entre sargentos y soldados y aun cabos. Tampoco se mira bien que los oficiales intimen con los sargentos; les pueden guardar una estimación oficial, pero sin saltar la barrera que divide ambas clases», escribe Barea, añadiendo que en el paseo cada uno de los tres estamentos tenía su espacio señalado. Es, pues, desde esta óptica desde la que retrata su vida en la milicia.

El capítulo del libro de Regan dedicado al desastre de Annual parece un resumen perfecto del libro de Barea, del que se hubieran despojado todos los datos personales y quedara el testimonio de un sargento de ingenieros que fue testigo e intérprete de esa contienda.

Uno de los capítulos más conocido es el quinto, titulado *El embrión de un dictador*, primera semblanza que desde el exilio se hace al entonces co-

mandante Franco. Curiosamente, ésta es más bien laudatoria, al menos desde una óptica militar, y es la que más ha contribuido a divulgar el mito de un Franco frío y distante pero valiente hasta la temeridad. Él fue el único superviviente de la primera Bandera.

Un antiguo amigo de Barea ahora legionario le habla de su vida en el Tercio:

«...Créeme, es un poco duro ir con Franco. Puedes tener confianza de que sabe dónde te mete, pero en cuanto a la manera de tratar... Se le queda mirando a un fulano con unos ojos muy grandes y muy serios y dice: 'Que le peguen cuatro tiros'.

Y da media vuelta y se queda tan tranquilo. Yo he visto a asesinos ponerse lívidos sólo porque Franco les ha mirado una vez de reojo... Además es un solitario. Yo creo que todos los oficiales le odian, porque les trata igual que a nosotros y no hace amistad con ninguno de ellos. Ellos se van de juerga y se emborrachan... y éste se queda solo en la tienda o en el cuartel, como uno de esos escribientes viejos que tienen que ir a la oficina hasta los domingos...» «Todo el mundo le odia y todos le obedecen y respetan porque se impone al presidio entero. Yo sé cuántos oficiales del Tercio se han ganado un tiro en la nuca en un ataque. Yo le he visto marchar a la cabeza de todos completamente derecho, cuando ninguno de nosotros nos atrevíamos a despegar los morros del suelo de espesas que pasaban las balas. ¿Y quién era el valiente que le pegaba el tiro entonces? Hay muchos que quisieran pegarle un tiro por la espalda a Franco, pero ninguno de ellos tiene el coraje de hacerlo. Les da miedo de que pueda volver la cabeza, precisamente cuando están tomándole puntería.»

En su novela distingue Barea en el ejército español destacado en Marruecos varios grupos. Por una parte estaba el de los veteranos, que añoraban los tiempos en que sin mucho riesgo se podía robar a manos llenas. Otro estaba formado por aquellos que veían bien el abandono de zonas de Marruecos tal como preconizaba Primo de Rivera: retirada a unos cuantos puntos estratégicos y a estar tranquilos, pero, eso sí, cobrando el sobresueldo de guerra.

Un tercero, al que Barea llamaba «heroicos» porque se les llenaba la boca del honor de España, del que formaba parte el Tercio, que era como un ejército dentro del ejército: la típica tropa colonial que quería ascensos y carreras brillantes y que por tanto necesitaban guerra. Formaban una sociedad aparte, voceaban sus hazañas y mostraban un desprecio absoluto hacia los demás. «Somos los salvadores de Melilla —decían—. Y era verdad. Pero de ser un héroe de esta clase a ser un rebelde —y un fascista— no hay más que un paso».

La guerra había creado ya el clásico ejército colonial, que en España eran conocidos por los «africanistas», y que en su mayoría serán los sublevados del 18 de julio. Bastantes años después, en los sesenta, el ejército colonial francés intentará repetir la aventura de sus homólogos españoles en Argelia.

Hay otro sector, al que pertenecía el mismo Barea, que estaba en contra de la aventura marroquí.

Al igual que los otros autores mencionados, Barea se hace eco de la labor civilizadora en Marruecos, poniendo en la mente de un soldado español cualquiera la siguiente reflexión:

«¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que ‘civilizarlos’, si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, los de Andalucía, de las montañas de Girona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobe, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. A mediodía comemos un gazpacho, un revuelto de aceite, vinagre, sal, agua y pan. A la noche nos comemos unos garbanzos o unas patatas cocidas con un trozo de bacalao. Reventamos de hambre y de miseria. El amo nos roba y si nos quejamos, la guardia civil nos muele a palos. Si yo no me hubiera presentado en el cuartel de la Guardia Civil cuando me tocó ser soldado, me hubieran dado una paliza. Me hubieran traído a la fuerza y me hubieran tenido aquí tres años más. Y mañana me van a matar. ¿O voy a ser yo el que mate?»

El texto es lo suficientemente claro y transparente para no tener que ser glosado. A lo largo de las páginas desfilan los soldados de reemplazo a quien la suerte les ha destinado a África. La descripción de la llegada al puerto de Ceuta de los reclutas, clasificándoles por las distintas regiones, son acertadas, aunque en ocasiones recoge el tópico regional, que si en algún párrafo puede provocar la sonrisa, como cuando le preguntan a uno su nombre —«¿Que cómo me llamo?, pues, “el Conejo”»—, en otros produce tristeza ver la miseria no sólo física, sino moral que llevan los «civilizadores». Salvando distancias, no era mucho mejor el aspecto que podían ofrecer los soldados franceses o ingleses que les tocaba civilizar otros trozos de África o Asia.

Barea nos cuenta una de sus múltiples experiencias: mientras vigila la construcción de la ruta ve a un moro rascarse furiosamente, comprueba que tiene la sarna y tras una serie de baños con jabón inglés y untarle de pomada de azufre, en dos semanas estaba curado, y otros muchos empiezan a acudir a él para que les cure. Luego ayuda también a un soldado al que ha picado un escorpión. Una tarde un marroquí acude a pedir sus servicios, su hijo tenía

una indigestión de cus-cus. Un vaso de aceite de ricino arregla la situación y a partir de ese momento Sidi Yussef se hace su amigo, con el que mantiene charlas sobre afinidades y divergencias entre árabes y españoles. Cuando uno de sus compañeros le espeta: «Me parece que tú te estás tomando Marruecos muy en serio», le responde: «Aquí podríamos hacer una obra grande. Si no fuéramos tan bárbaros como somos...». Su compañero le señala que aquello es un negocio y que si a uno no lo matan, robando grano de los caballos, garbanzos y ropa de los soldados y hasta las lámparas eléctricas del cuartel, uno se hace rico. Robando hasta las escobas para barrer la cuadra. «Y lo peor es que si no robas, es lo mismo, te lo dan por hecho».

Para un sargento del ejército pacificador y colonizador, está muy clara cuál es su tarea. Barea, al igual que Sender, insiste en el robo como hecho habitual. El Estado es un ente intangible, etéreo, al que no se conoce, un ser kafkiano al que se puede y debe engañar.

Frente al exclusivo mundo novelesco de Díaz Fernández y Sender, Barea nos introduce en su autobiografía-novelada las figuras de los militares más destacados de las campañas marroquíes, retratos que ha dejado y que sirven para completar sus imágenes: Millán Astray, bravucón, con una oratoria histérica, pero tan efectiva que el mismo Barea confiesa haberle coreado; el general Dámaso Berenguer, macizo y pesado; el coronel Serrano, un hombre paternal a quien adoraban sus soldados por su buen humor y su carencia absoluta de miedo. El teniente coronel González Tablas, alto, enérgico, una autoridad entre las tropas de Regulares, de quienes era el jefe; y finalmente, el coronel Castro Girona, amabilísimo pero extraño, con su piel tostada, su cabeza rapada y un interés genuino por la cultura marroquí. Éste estaba destinado a ser el «hombre de Marruecos». Consiguió conquistar Xauen sin pegar un solo tiro, lo que le atrajo la enemistad de sus compañeros, que esperaban una toma gloriosa, con medallas y ascensos, escribiendo una página de la historia.

La descripción no sólo se limita a los jefes que destacaron, sino también a los oficiales de Estado Mayor: «He visto allí hombres que representaban la ciencia y la cultura militares, estudiosos y desinteresados».

Barea está en Xauen cuando llegan noticias del desastre de Annual y el avance de los rifeños «rebeldes» a las puertas de Melilla. Los libros de historia cuentan lo que se llaman los hechos históricos, pero Barea nos narra lo que fue su terrible experiencia personal: «Lo que yo conozco es parte de la historia nunca escrita, que creó una tradición en las masas del pueblo, infinitamente más poderosa que la tradición oficial. Los periódicos que yo leí mucho más tarde describían una columna de socorro que había embarcado en el puerto de Ceuta, llena de fervor patriótico, para liberar Melilla».

«Todo lo que yo conozco es que unos pocos miles de hombres exhaustos embarcaron en Ceuta con destino desconocido, agotados hasta el límite de su resistencia después de 100 km. de marcha a través de Marruecos, bajo un sol asfixiante, mal vestidos, mal equipados y peor comidos. Tan pronto como el barco dejó el puerto, comenzaron a marearse y a ensuciar la cubierta del buque. Comenzaron a blasfemar y a hacer lo que les vino en gana, jugar o emborracharse..., cantar y chillar, burlarse de los que vomitaban, reírse del coronel tripudo con la cara verdosa y el uniforme salpicado de comida a medio digerir. El barco era un infierno.»

«Y Melilla era una ciudad sitiada...»

«En la Melilla sitiada, un barco panzudo volcó estos miles de hombres mareados, borrachos, agotados de cansancio, que iban a ser sus liberadores. Establecieron un campamento, no sé dónde. Oímos cañonazos, tableteos de ametralladoras, disparos de fusil en alguna parte fuera de la ciudad. Invadimos los cafés y las tabernas; nos emborrachamos y asaltamos las casas de putas... Provocábamos a los habitantes asustados: Ahora vais a ver lo que son cojones ¡Mañana no queda un moro vivo! Los moros habían desaparecido de las calles de Melilla; cuando el barco había atracado en el muelle, un legionario había cortado las orejas de uno de ellos, y las autoridades habían ordenado a todos los moros no salir de sus casas. A la mañana siguiente marchamos hacia las afueras de la ciudad: íbamos a romper el cerco y comenzar la reconquista de la zona».

«Así nos fuimos alejando de la ciudad, adentrándonos en el campo abierto y vimos el horror».

«La lucha en sí era lo menos importante. Las marchas... no importaban, ni la sed ni el polvo, ni el agua sucia, escasa y salobre, ni los tiros, ni nuestros propios muertos, calientes y flexibles... Pero ¡los otros muertos! Aquellos muertos que íbamos encontrando, después de días bajo el sol de África, que vuelve la carne fresca en un vivero de gusanos en dos horas...»

«Nos olíamos unos a otros. Olíamos a muerto, a cadáver putrefacto».

«Yo no puedo contar la historia de Melilla de julio de 1921. Estuve allí, pero no sé dónde; en alguna parte, en medio de tiros de fusil, cañonazos, rociadas de ametralladoras, sudando, gritando, corriendo, durmiendo sobre piedra o sobre arena, pero sobre todo vomitando sin cesar, oliendo a cadáver, encontrando a cada nuevo paso un nuevo muerto, más horrible que todos los vistos hasta el momento antes».

«Un día al amanecer regresamos a la ciudad».

Ésta es la visión del sargento que estuvo en una página de la historia de España que llenó de luto a miles de familias españolas y rifeñas y que hoy los manuales de Bachillerato no suelen mencionar.

Aquella guerra adiestró a una parte del ejército que en un momento determinado faltó al juramento de fidelidad a la República y volvió sus armas contra ella, utilizando los bárbaros métodos que habían aprendido.

Y para mayor sarcasmo, los odiados rifeños que habían sido sus enemigos se convirtieron en sus aliados y en la tropa de choque que necesitaron(\*).

## RESUMEN

Durante la primera mitad del siglo XX, España, recién perdidas sus últimas colonias de ultramar, se vio envuelta en la aventura colonial marroquí de la mano de Francia y de Alemania. Ninguna voz se alzó entonces en contra de estas intromisiones de las potencias europeas en África e incluso se enmascaraban bajo el velo de la acción civilizadora. Ni siquiera los partidos de izquierda (PSOE y Segunda Internacional) defendieron ni reconocieron el derecho de los pueblos a su propia determinación. Tres novelistas españoles dejaron en sus obras respectivas testimonio preciso de su oposición a la intervención de España en Marruecos: José Díaz Fernández, Ramón J. Sender y A. Barea.

Los relatos del primero de ellos, recogidos bajo el título de *El blocao* (1928), retratan experiencias de los soldados españoles aislados durante meses en puestos de defensa cercanos al enemigo, ahondando en lo psicológico como más tarde hará F. Fanon. La novela *Imán* (1930) de Sender hace un directo y vivo reportaje del desastre de Annual. También Barea proporciona en *La ruta*, segunda parte de su trilogía, *La forja de un rebelde* (1941), retratos valiosos de los mandos militares españoles, entre ellos los de Francisco Franco y Millán Astray, y denuncia de la corruptela militar, cuyas cúpulas están interesadas en mantener a toda costa una guerra que proporciona ascensos rápidos. Su biografía novelada está considerada una fuente de necesaria consulta.

(\*) Creo necesario dar una ligera orientación bibliográfica para aquellos que se acerquen por vez primera al tema. *La Historia de las relaciones internacionales* de Renouvin sitúa muy bien la crisis diplomática marroquí de comienzos de este siglo. *La historia del pensamiento socialista* de Cole y *La historia del socialismo* de Droz son un buen punto de partida para estudiar su posición ante el colonialismo. El libro de Duroselle en la colección Nueva Clfo sobre *Europa de 1815 a nuestros días* tiene un magnífico capítulo dedicado a la colonización que es un estupendo trampolín para el tema. Y sobre todo el libro de David S. Woolman *Abd el-Krim y la guerra del Rif* es de obligada lectura, sin olvidar las historias de España y de Marruecos que dedican capítulos a esta guerra.

